

PREMIOS Y CASTIGOS.

Los castigos desproporcionados suelen tener consecuencias desproporcionadas. Eso no significa que haya que desterrarlos como si estuvieran pasados de moda, sino que hay que utilizarlos con prudencia y sentido común, a la vez que se ponen en juego otros medios más decisivos, como son el ejemplo y la motivación dialogada.

La educación ante todo tiene que ser preventiva, es decir anticiparse a los problemas antes de que ocurran. Por ello, el ejemplo de los padres y la motivación dialogada son los mecanismos que deben prevalecer.

El ejemplo tiene un gran valor educativo: el niño aprende más de lo que ve que de lo que oye. Un ejemplo vale más que mil palabras.



En cuanto a la motivación, toda persona que tiene motivos para hacer algo, lo hace con interés y dedicación y además lo interioriza mejor. Los motivos son los alicientes que nos llevan a actuar de una manera determinada. Hay tres tipos de motivos: extrínsecos, cuando la motivación viene de fuera del individuo, como los premios y los castigos; intrínsecos, cuando la motivación viene del interior del individuo, hace algo simplemente porque le gusta o porque lo pasa bien; instrumentales, cuando lo que hacemos nos puede servir para otra cosa, por ejemplo, para adquirir prestigio ante los amigos o para que mis padres estén contentos.



Hemos hablado antes de motivación dialogada, ¿a qué nos referimos con este término? La educación es una actividad mucho más compleja que el adiestramiento y requiere ante todo diálogo. La motivación dialogada supone mayor dedicación por parte de los padres que deben llevar a cabo las siguientes fases:

- Crear el ambiente para el diálogo. No conseguiremos nada cuando nuestros hijos o nosotros estamos enfadados o cuando ellos o nosotros tenemos prisa o estamos preocupados por otras cosas. Por tanto, debemos buscar el momento adecuado.
- Hacerles ver la conveniencia de mejorar su actitud o su comportamiento en una cuestión determinada, dándoles razones que tengan fuerza para ellos.
- Convencerles de que son capaces de hacerlo si se lo proponen. No es posible cambiar o mejorar si uno mismo no está convencido de que lo puede lograr.

“No se lo digas a mis padres” Guembe, P. y Goñi, C. Ed/ Ariel. Barcelona. 2006.

- Demostrarles que no están solos, sino que cuentan con nuestro apoyo. Si es necesario, buscaremos ayudas concretas.



Como hemos dicho anteriormente, no se trata de prescindir totalmente de los premios y castigos, sino de utilizarlos como apoyo a la motivación dialogada. Para ello debemos tener en cuenta los siguientes aspectos:

- Si se ha de castigar debe quedar claro que se castiga una conducta determinada, nunca a la persona. Se trata de que nuestro hijo entienda que no estamos actuando contra él, sino contra lo que ha hecho.
- Avisar con antelación sobre las posibles sanciones o premios. En ciertos casos se pueden llegar a pactar. Si nuestro hijo sabe que se quedará sin salir mañana si llega tarde hoy, no sólo es más fácil que llegue puntual, sino que aceptará el castigo con mayor naturalidad.
- No imponer castigos desproporcionados y duraderos. Los castigos deben ser adecuados a la falta.
- El premio o el castigo debe estar relacionado con la conducta que se pretende estimular o cambiar, no con el grado de enfado que haya provocado en nosotros.
- Los castigos nunca deben suponer un maltrato físico o psicológico. La agresión física, aunque sea mínima, responde en el fondo a una falta de control del padre o de la madre. Lo mismo sucede con los insultos.
- Sancionar no ha de ser un acto vengativo: no se trata de darles donde más les duele, sino de ayudarles a mejorar.
- No improvisar al imponer castigos y hacerlos cumplir. Los castigos deben estar pensados. Una vez puesto un castigo debemos velar porque se cumpla, aunque esto suponga esfuerzo por nuestra parte. Un castigo incumplido resta autoridad a los padres. Debemos tener en cuenta que castigar supone siempre castigarnos a nosotros mismos.
- Recriminar en privado y elogiar en público. Por ejemplo, no castigar delante de los amigos. De lo contrario, iremos minando poco a poco su autoestima.
- Elogiar más que recriminar. Se trata de educar en positivo. Por cada vez que reprendemos a nuestros hijos, deberíamos elogiarlos diez.

